PRIMERA PARTE

IMAGEN: *Nova et accuratissima totius terrarum orbis tabula*, Ioanne Blaev, 1664.

1. ¿CUÁNDO SE INICIÓ EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN?

— No lo sé —respondió Andrew Stuart—, pero me parece que la tierra es muy grande.

— Antes sí lo era… —dijo a media voz Phileas Fogg; añadiendo después y presentando las cartas a Thomas Flanagan—. A vos os toca cortar.

La discusión se suspendió durante el robo. Pero no tardó en proseguirla Andrew Stuart, diciendo:

— ¡Cómo que antes! ¿Acaso la tierra ha disminuido?

— Sin duda que sí —respondió Walter Ralph—. Opino como Mister Fogg. La tierra ha disminuido, puesto que se recorre hoy diez veces más aprisa que hace cien años.

Julio Verne, *La vuelta al mundo en ochenta días*, 1873

Una de las primeras polémicas que rodean al proceso de globalización trata sobre su periodización histórica. Ni siquiera en la datación del fenómeno existe consenso. De hecho, existen aproximaciones que sitúan su origen con varios miles de años de diferencia. Además, tampoco existe acuerdo sobre cuáles son las fases de su posterior desarrollo. En líneas generales, es posible argumentar que existen cuatro grandes posturas a la hora de datar el proceso de globalización. El capítulo, en primer lugar, revisa las teorías que contemplan la globalización como un proceso que se inicia al mismo tiempo que las primeras civilizaciones humanas varios miles de años atrás. En segundo lugar, se recogen aquellas que lo sitúan junto al inicio de la modernidad europea y los primeros imperios coloniales ultramarinos. En tercer lugar, describe las que retrasan su origen al siglo XIX con la mejora de los transportes y las comunicaciones que permitieron una mejor integración de las economías en todo el planeta. Y, en cuarto lugar, analiza aquellas teorías que

consideran que la globalización propiamente dicha solamente se inició en la segunda mitad del siglo XX, fruto de la expansión del sistema capitalista a escala mundial. Al mismo tiempo que se exponen dichas posturas, se realizará una revisión crítica de las mismas.

LA GLOBALIZACIÓN SURGE CON LAS PRIMERAS CIVILIZACIONES HUMANAS

Algunos autores retraen el origen de la globalización hasta los albores de la civilización. Partiendo de la idea de que la globalización es una «conectividad compleja» (Tomlinson, 1999), quizá una de las definiciones de la globalización con unos límites más imprecisos, se pueden rastrear sus orígenes hace miles de años. Uno de los teóricos actuales más prolíficos sobre la globalización: Jan Nederveen Pieterse (2012), sitúa sus inicios en el 2000 o 3000 a. e. c. Este tipo de teorías suele poner el énfasis en la capacidad de intercambiar bienes e información que siempre ha acompañado a los seres humanos. Así, se están publicando historias de la humanidad que recogen el papel de las redes de intercambio comercial y de información en la configuración del mundo actual (Bernstein, 2010; McNeill y McNeill, 2010).

Suelen poner un énfasis especial en el comercio como motor de las interacciones entre los seres humanos. De hecho, se afirma que el comercio es una actividad productiva que precede históricamente a la agricultura o la ganadería (Ravier, 2012). Es habitual citar como ejemplos la extensa Ruta de la Seda entre Oriente y Occidente o los intercambios de materias primas como el cobre o el estaño durante la Edad del Bronce, que a veces implicaban rutas comerciales de miles de kilómetros. La globalización sería un proceso evolutivo que surge de la propensión natural del ser humano al intercambio y tiene unas raíces históricas muy alejadas del presente. Algunos autores

como Roland Robertson y David Inglis (2006) mantienen incluso que en la antigüedad greco-romana ya existía la conciencia de una creciente interconexión global, al menos en el centro de los imperios. Es decir, la conciencia de pertenencia a un mundo en el cual las barreras de la geografía se diluían ya estaba presente en la antigüedad.

Otros investigadores, aunque reconocen esta conectividad en la antigüedad, adelantan un tanto el origen de la globalización propiamente dicha. Göran Therborn (2012) habla de seis olas de globalización: la primera desde el año 400 a. e. c. hasta el 800 e. c., aunque este periodo no sería propiamente global; la segunda desde el 1500 al 1700, coincidiendo con el descubrimiento de América y el primer colonialismo; la tercera del 1750 al 1815, con las guerras napoleónicas; la cuarta del 1830 al 1918, con el segundo colonialismo europeo; la quinta de 1945 al 1989 cubriría la Guerra Fría; y la sexta a partir de 1990, que denomina globalización autoasumida. Y Peter N. Stearns (2010) sitúa el origen de la globalización cerca del año 1000 e. c., aunque con fuertes vínculos con etapas anteriores en las cuales ya existía una fuerte interrelación de los seres humanos de diferentes partes del planeta.

Esta perspectiva es la que presenta evidencias empíricas más discutibles. Existen pruebas indiscutibles de intercambio, tanto de bienes como de personas e información, entre pueblos muy distantes geográficamente hace miles de años. Pero para poder considerar globales estos intercambios es necesario adoptar una definición muy vaga de la misma. Hablar de una «conectividad compleja» permite definir como globales estos intercambios. Sin embargo, si se define la globalización como el intercambio de información «en tiempo real», dichas experiencias distan mucho de poder considerarse como ejemplos de globalización arcaica. Valga como ejemplo el limitado conocimiento que tenían los pueblos más avanzados de la antigüedad sobre sus vecinos. Los romanos, incluso sus élites, en general tenían un conocimiento somero de los germanos, con

los cuales compartían frontera, y apenas tenían noticias de los eslavos, que habitaban más lejos (Heather, 2007, 2010). Conocían la existencia de China, de donde recibían seda, pero desconocían todo un continente como América. Es difícil considerar que los romanos y los eslavos compartían el mismo mundo vivencial, pese a mantener contactos esporádicos.

Sin embargo, esta postura tiene claras ventajas discursivas, pues mantiene cierta homología estructural con el discurso constructivista y contrario al eurocentrismo predominante en buena parte de las ciencias sociales actuales. En general, suelen argumentar que su posición permite eliminar el eurocentrismo, incorporando las contribuciones no occidentales a la globalización, e incorporar las experiencias globales previas a la modernidad. Consideran, en consecuencia, que las demás posturas, al adelantar la aparición de la globalización hasta un tiempo cercano, son presentistas y, al tiempo, eurocéntricas, al situar a Europa y a Occidente en el núcleo del proceso de globalización. Abogan, frente a ellas, por una perspectiva a largo plazo en la cual se incluya la antigüedad y las experiencias no occidentales.

LA GLOBALIZACIÓN COMIENZA CON LA PRIMERA MODERNIDAD EUROPEA

Un segundo conjunto de científicos sociales liga los inicios de la globalización con el inicio de la modernidad europea. Lo más habitual es situar el origen de la globalización cerca del año 1500 e. c., coincidiendo con el inicio de la expansión europea por el planeta (Christian, 2007). En una fecha temprana, Roland Robertson (1990) citaba cinco fases del proceso de globalización: la primera, o germinal, entre los siglos XV y XVIII; la segunda, llamada globalización incipiente, entre el siglo XVIII y la década de 1870 e. c.; la tercera o fase de despegue entre las décadas de 1870 y 1920; la cuarta, donde se produjo una lucha

por la hegemonía, entre 1920 y 1960; y la quinta y última, denominada de incertidumbre, entre 1960 y 1990. Posteriormente, Robbie Robertson (2005) planteó la existencia de tres olas de globalización: la primera apareció con los imperios comerciales de los siglos XVI y XVII; la segunda con la Revolución Industrial a partir del siglo XIX; y la tercera tras la Segunda Guerra Mundial. Thomas L. Friedman (2006), por último, establecía tres etapas en el desarrollo de la globalización: la globalización 1.0 desde el año 1500 al 1800 e. c., liderada por los Estados-nación; la globalización 2.0 desde el 1800 hasta el 2000, liderada por las corporaciones multinacionales; y la globalización 3.0 desde ese último año, liderada por Internet.

Es decir, el origen de la globalización se situaría entre los siglos XV y XVI, cuando se desarrollaron los primeros imperios transoceánicos y se gestó el primer comercio con carácter verdaderamente planetario. La primera etapa partió de los imperios coloniales de Portugal y España y fue continuada por los de los holandeses, británicos y franceses. Mejoras en los navíos y en el instrumental de navegación facilitaron la interconexión. Esta globalización produjo una gran intensificación en el comercio de materias primas, como el oro, la plata, el café, el té, el cacao o, entre otras, el algodón, en dirección a Europa y desde allí productos manufacturados hacia las colonias. También se incrementó el transporte de personas, fuera este forzoso o libre. Se calcula, por ejemplo, que «entre 1600 y 1807 un total de 12.242.000 negros africanos fueron arrancados de África por la fuerza para llevarlos al nuevo mundo» (Burke, 1998: 224). Aumentó, por tanto, la extensión de los mercados de bienes y el movimiento de personas, al menos a nivel transoceánico, pues los movimientos de población eran habituales también en la antigüedad.

Esta tesis, que sitúa el origen de la globalización en el siglo XV con el inicio de la modernidad y de los primeros imperios transatlánticos europeos, tiene mayores virtudes, porque en esta época se comenzó a adquirir una imagen real del mundo

en toda su extensión. Los primeros imperios transatlánticos conectaron política y comercialmente partes del planeta que antes vivían en un relativo aislamiento. La globalización es, sin duda, un proceso de interconexión acelerada y en esta época esta interconexión se hizo más compleja y profunda. Sin embargo, como defiende Mario Margulis (1996), durante el Imperio Español el Rey de España estaba en contacto con su gobernador en Filipinas, pero cualquier mensaje que intentara hacerle llegar podía demorarse más de un año. La respuesta, obviamente, requería otro tanto. Filipinas y España eran parte del mismo mundo en términos geográficos y del mismo territorio en términos políticos. Sin embargo, sus respectivos habitantes no compartían el mismo espacio vital. Sus economías, aunque interconectadas, no lo estaban al nivel en el cual lo están en la actualidad las diferentes economías mundiales.

No obstante lo anterior, el mayor peligro subyacente a esta postura y a la anterior es su evidente teleología. Estas descripciones tienen el peligro de hacer aparecer la globalización como un proceso natural inscrito en la historia donde el pasado conduce ineludiblemente al presente. Se ha criticado el uso teleológico de conceptos como capitalismo, democracia, modernidad o mercado por su finalismo (Goody, 2011, 2012). Esto mismo puede decirse del concepto de globalización emanado de estas visiones, pues recuerdan en no pocas ocasiones a las teorías decimonónicas que describían la evolución de las sociedades humanas como un proceso histórico dirigido hacia una meta concreta. En este caso, la meta sería la interconexión global, vista como el destino positivo o inevitable del cambio social.

LA GLOBALIZACIÓN APARECE CON LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL: PRIMERA Y SEGUNDA GLOBALIZACIÓN

La tercera postura habla de dos globalizaciones: la primera ocurrió entre los años 1870 y 1914, recogiendo los frutos de la llamada Revolución Industrial, y la segunda después de 1945 (Brunet y Böcker, 2007; Dehesa, 2007a). Para Christopher A. Bayly (2010), el periodo fundamental fue la «gran aceleración» que se produjo entre 1890 y 1914, aunque se encontraba ligado a las globalizaciones arcaicas y a la primera globalización moderna que ocupó la mitad inicial del siglo XIX. Jeffrey A. Frieden (2013) precisa más y sitúa la primer globalización entre 1896 y 1914, comandada por el Reino Unido, y la segunda desde el año 1973 hasta nuestros días, dirigida ahora por los Estados Unidos. Paul Collier y David Dollar (2002) introducen un matiz y hablan de tres globalizaciones: la primera desde 1870 hasta la Primera Guerra Mundial, la segunda desde la Segunda Guerra Mundial hasta 1970 y la tercera desde los años 80 del pasado siglo hasta la actualidad.

La primera globalización, afirman todos ellos, tuvo como punto de partida la Revolución Industrial. Fue fruto de mejoras en las comunicaciones físicas: la máquina de vapor de James Watt de 1763 permitió su uso en barcos de vapor y locomotoras. Los barcos a vapor intensificaron el comercio internacional y los trenes el intranacional. Y en las tecnologías que permitían la transmisión de información: en 1836 Samuel Morse inventó el telégrafo, en 1839 Louis Daguerre la fotografía, en 1875 Alexander G. Bell el teléfono, Auguste y Louis Lumière el cinematógrafo en 1894 y en 1897 Guglielmo Marconi la radio. La difusión y extensión estos avances produjeron un aumento de la actividad comercial y del tránsito de personas, permitiendo la emergencia de una verdadera economía internacional desde aproximadamente 1870.

Durante esta primera etapa global existía una fuerte internacionalización de la economía. Las personas, sobre todo en

las metrópolis, vivían en un entorno altamente influido por otras naciones y sus élites hacían negocios por todo el planeta (Mapa 1.1). Como describía con elocuencia el economista John Maynard Keynes (1883-1946):

> El habitante de Londres podía pedir por teléfono, mientras bebía su té matutino en la cama, diferentes productos de todo el planeta, en la cantidad que considerase adecuada, y esperar a que se los entregaran pronto en su puerta; podía, en el mismo momento y por los mismos medios, arriesgar su riqueza en recursos naturales y empresas nuevas en cualquier lugar del mundo, y participar, sin esfuerzo o siquiera problemas, de sus posibles frutos y beneficios; o podía decidir asociar la seguridad de su suerte a la buena fe de los ciudadanos de cualquier municipio importante en cualquier continente que el capricho o la información le pudieran sugerir. Podía conseguir de inmediato, si lo deseaba, medios baratos y cómodos de trasladarse a cualquier país o clima sin pasaporte ni otras formalidades, podía enviar a su criado a la oficina cercana de un banco para proveerse de los metales preciosos que le parecieran oportunos y partir, después, a tierras extranjeras, sin conocer su religión, su lengua o sus costumbres, llevando encima riqueza acumulada, y se habría sentido sumamente ofendido y muy sorprendido por la menor intromisión (1992: 14).[2]

Entre 1870 y 1913, el comercio mundial se multiplicó por 5 y el transporte de mercancías por mar por 2,5. En el año 1850 la población mundial era de unos 1.241 millones de habitantes, aumentado a 1.857 millones en 1920 (Livi Bacci, 2009: 59 y 272). Es decir, en este lapso la población se multiplicó por 1,5.

2 Sobre las facilidades para viajar en esa época, incluso sin la necesidad de pasaporte, siempre que se tuviese la capacidad adquisitiva necesaria, véase MacCannell (2017: 80).